

mado también por el ejemplo de sus predecesores, á la carrera de las armas el señor de F*** como ellos se ha distinguido por su heroísmo. Tales son los motivos que determinaron á Su Majestad á honrar con un título que sea para él una señal evidente de su real estimación y para sus descendientes una línea que seguir y que imitar. En su consecuencia, Su Majestad, en virtud del presente Decreto, hace y crea conde al mencionado Carlos de F*** así como á sus hijos en línea recta, nacidos y que nazcan de legítimo matrimonio. Permito y autorizo calificarles condes en todos los actos y lugares, tanto en juicio como fuera de él, sin que tenga necesidad de que á este título de conde le sea afecto tierra ni pueblo de ninguna clase. De lo cual Su Majestad les ha liberado á condición de que el antedicho título será transmitido sus á sucesores. Su Majestad además quiere que puedan llevar en sus armas una corona de conde.

Luis.

De Lomemi Ce de Brienne.

Cuando acabé de leer tenía los ojos llenos de lágrimas, no me atreví á mirar á mi madre.

—Puesto que nobleza obliga, la dije al fin bajando la cabeza, ¿por qué no me diste á leer este pergamino hace seis meses? Te juro por mi alma que yo seré aún digna de tí y de los tuyos.

¿Dónde iría yo á parar? Tomé un libro para tomar un consejo de la casualidad. Escogí mal; pues dí con un libro en verso que me los daba injustos á cada página.

Por ejemplo; leí un soneto que terminaba así dedicado á Eva:

*Elle ecoutait parler Satan la curieuse,
Et tour á tour surprise, inquiète et rieuse,
Elle regardait l'arbre et le fruit défendu.
Elle mordit bientôt a cette pomme amère,
Le Paradis devint le Paradis perdu.
Mais n'accusez pas Ève: ou donc etait sa mère?*

Yo era una hija de Eva, pero no podía acusar á nadie más que á mí misma, puesto que tenía una madre.

X

La Virgen del Lienzo

Durante mi lectura sentóse mamá á coser según su costumbre, y quedéme á su lado reflexionando. De pronto la ví inclinar su cabeza y dormirse: las emociones la habían quebrantado como á mí. Dobládillaba una servilleta de tela de Holanda un poco gruesa. Aquella tela severa y virgen me causaba un placer íntimo.

Cuando observé que mamá se había dormido, le cogí dulcemente la servilleta y continué el dobladillo. Hubiérase dicho que yo tenía dedos de hada.

No habian transcurrido cinco minutos que cosía con mano algo febril, cuando mamá abrió los ojos. Al verme sonrió tristemente.

—Deja, deja mi aguja, te pincharás; dijo queriendo quitarme la servilleta.

—No, no; ¡es tan hermoso trabajar!

—Si tú fueses formal no volverías al Conservatorio. Es una peligrosa escuela; me

gustaría más verte en casa de alguna buena lencera, puesto que á tí siempre te ha complacido la ropa blanca.

—¡Oh! sí, exclamé, el lienzo es hermoso, es puro, es blanco.

—Pues bien: conozco una casa en la calle de la Paz, donde serás bien acogida si yo te presento, porque nos conocen hace mucho.

Supliqué á mamá que me condujese á la calle de la Paz aquella misma noche. Presentía que para ser dueña de mí era preciso que no pasara muchos días entregada á la holganza.

Fuí admirablemente recibida, y tal vez pensasen que estaba peinada con demasiada coquetería. Aquella casa parecía un convento.

Me advirtieron que no saldría más que los domingos después de la misa hasta las doce de la noche.

Después de todo, hasta media noche era bastante.

Durante los primeros días me apasioné por aquel museo de telas de todos los países. Como sabía dibujar experimentaba verdadero placer en admirar los bordados, los arabescos, las cifras y los ornamentos; había para mí una voluptuosidad indecible en manosear aquella nieve. Muchas jóvenes recién casadas venían mientras yo estaba, y me consideraba más dichosa probándoles ropa blanca que arreglando sus joyas. Para mí el verdadero lujo de la mujer es la ropa blanca.

Fué tan extremado mi nuevo amor, que

todos me apellidaron pronto la «Virgen del Lienzo.»

Por desgracia la «Virgen del Lienzo» se aventuró el tercer domingo en Mabilie.

Indudablemente los domingos son los peores días para ir á Mabilie. Unicamente se encuentran trajes en mal estado, familias extraviadas, algunas cocineras burguesas y alguna que otra cortesana melancólica. Pero aquella noche por rarísima excepción, el gran mundo de las carreras se había reunido en Mabilie. Fué tan asediada porque era bonita, sin duda porque estaba desconocida. Parecióme hermoso envolverme en mi orgullo más ó menos heráldico, pero los bailarines tenían tantísimo ingenio, tantísimo gusto en sus locuras, que concluí por reír y bromear con ellos.

—Que no se diga, me gritó uno de ellos, que hemos apuntado en balde nuestras baterías.

—Vuestras baterías, respondí yo señalando á las cocineras que pasaban, son baterías de cocina. Y mil locuras semejantes: mientras tanto eran ya las once y media. Tenía que marcharme á pesar mío. En la puerta encontré un coche, arrojéme sobre su asiento y grité al cochero: «¡calle de la Paz!»

Pronto me apercibí que en vez de un cochero había dos, pero como quiera que durante la noche había visto tanta locura, estaba mareada y creía asistir á una comedia. Dos cocheros me parecía una cosa tan natural como uno solo.

El coche se detuvo. Uno de los cocheros bajó del pescante y me dió la mano para

apearme. Jamás había conocido cochero tan galante.

Era el vizconde de*** hijo de un senador, un rubio irresistible.

Le reconocí al momento.

—Ya ve usted, me dijo, me rebajo hasta ese punto para decidirla á venir con nosotros.

Aquel acto, digno de la moral en acción, me convenció.

Fuí á cenar con una alegre compañía, resuelta, á pesar de todo, á continuar siendo siempre la virgen del lienzo.

Pero las montañas de Sajonia y de Holanda no estaban allí para preservarme.

Después de todo *honi soit qui mal y pense*.

Tenía yo aquella noche tres ó cuatro galanteadores, y tal vez esto fué lo que me salvó.

XI

Un almuerzo nupcial

Clareaba el día, cuando decidieron damas y caballeros almorzar en el café de Madrid. Yo reía, pero permanecía triste. Había vuelto á perderlo todo.

¿Volvería á casa de mi madre?

¿Iría á la calle de la Paz?

Pude salvarme aún; pero la curiosidad que me impelió á cenar, decidióme á almorzar. Y ¿por qué no confesarlo? Sentía cierto placer en tratar al vizconde***.

No podía perdonarle cuando hablaba á las mujeres con brutalidad; pero como á mí me trataba con mucha dulzura, me parecía

encantador. Además, yo creo que hubiera estado celosa si hablase á las otras como lo hacía conmigo.

Su carruaje esperaba.

Hízome subir y se sentó á mi lado.

—Esto no es un juego, le dijo uno de sus amigos, al marcharnos, soy yo quien la he descubierto, si tú me la tomas te entenderás con la punta de mi espada.

—¡Idiota! murmuró el vizconde. Va á obligarme á que os ame.

Y no era aquel únicamente el que pretendía tener derechos. El marqués de C, retirado hoy del mundo, había rimado también poesía inspirado por mis encantos.

El vizconde había cogido mi mano.

—¡Después de todo, dijo, tal vez no seré desgraciado contigo! Tú posees la alegría y el sentimiento. Si algún día me decido á tener una querida iría á llamar á tu puerta.

—Sí, pero yo no abriría.

—¡Vamos, pues! ¿Y si yo te ofreciera aunque no fuera más que mil francos al mes, mi carruaje tres veces á la semana y un lindo nido de rosa para vivir?

Sonreíme.

—¿Usted cree que estoy en el limbo? Sepa usted, querido mío, que he rehusado algo mejor que eso. He tenido una fortuna á mis pies, un mobiliario de cien mil francos, caballos y las manos llenas de oro.

—Todas dicen lo mismo.

—Ignoro si lo dicen todas, pero sé perfectamente que he tirado una fortuna.

—¿Y por qué?

—Porque me fastidiaba.

UNIVERSIDAD DE MEXICO
BIBLIOTECA
MEXICO, D.F.
MEXICO, D.F.